



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

RAÍZ Y RAZÓN DE LA FORMACIÓN DEL PERIODISTA CATÓLICO

José Francisco Serrano Oceja
Decano de la Facultad de Humanidades
y Ciencias de la Comunicación
(Universidad CEU San Pablo)

Hay un principio que se nos suele olvidar en nuestro quehacer universitario: la *Universitas* da cobertura a la *communitas* y ésta hace posible la *humanitas*. A nadie le extrañará que, hablando de la *Universitas*, nos refiramos a un texto de ese ejemplar universitario que es Benedicto XVI en un discurso a una delegación de la Universidad de Tubinga (21 de marzo de 2007) en el que afirma, entre otras cosas que «la Universidad moderna corre el peligro de convertirse en un conjunto de institutos superiores, unidos más bien de manera externa e institucional y menos capacitados para formar una unidad interior de *universitas*». Podríamos, analógicamente, trasladar este principio a nuestra Facultad y pensar que existe el riesgo de convertirnos en un conjunto de titulaciones, de grado y postgrado, sin la necesaria unidad interior. ¿En dónde radica esa unidad interior?, me pregunto.

El santo Padre, el teólogo, el humanista, el profesor universitario, el siempre pedagogo, ante esta tesitura, lleva la cuestión hacia las causas primeras. Esta metodología nos va a servir para afrontar algunos de los gran-

des retos que tienen las facultades de Ciencias de la Comunicación. Afirmó el Papa: «Me alegra que a través de las cooptaciones se haga ya concretamente visible –hoy mucho más que ayer– el hecho de que el debate interno permite que la Universidad sea realmente lo que debe ser, implicándola en una acción colectiva de preguntas y respuestas. Pero pienso también que ello da pie para reflexionar sobre hasta qué punto estamos capacitados –no sólo en Tubinga sino en todas partes– para satisfacer esta exigencia. Y es que la Universidad y la sociedad –la humanidad– necesitan preguntas, desde luego, pero también precisan respuestas. Y creo que a este respecto se hace patente (...) una cierta dialéctica entre la cientificidad más rígida y la pregunta más grande que la trasciende y surge en ella reiteradamente: la pregunta acerca de la verdad».

La pregunta por la síntesis y por la unidad capaz de articular cualquier proyecto educativo no es una cuestión vana. Días después, en la visita del Papa a la Universidad de Pavía (2 de abril de 2007) señaló: «Es verdad que sólo situando en el centro a la persona y valorizando el diálogo y las relaciones interpersonales puede superarse la especialización fragmentaria de las disciplinas y recuperarse la perspectiva unitaria del saber. Las disciplinas tienden naturalmente a la especialización, al tiempo que la persona necesita unidad y síntesis».

Estamos inmersos en tiempos de cambio, que lo son de complejidad. Tenemos una obligación de naturaleza y de fin que contribuye decisivamente a simplificar y a aclarar ese proceso, a la construcción de esa deseada unidad y síntesis. Como ha escrito recientemente el profesor Alejandro Llano, «orientar la enseñanza universi-

taria hacia unas presuntas exigencias del mercado equivale a poner las tejas antes que los cimientos. Porque si algo caracteriza a la economía de libre oferta y demanda es, justamente, su carácter dinámico. El mercado del año 2010 ya no será el de hoy. De manera que el destino de los programadores de nuevas titulaciones (...) es el propio del que se apresura a correr tras un tren que está a punto de pararse en un andén de la estación, mientras que otro convoy se dispone a salir de una vía distinta. Es una lástima advertir que, no sólo las carreras de humanidades, sino también las ciencias teóricas, están siendo abandonadas por los jóvenes estudiantes, a la par que en las titulaciones encaminadas a aplicaciones profesionales concretas, que no siempre ofrecen una formación intelectual armónica, se acumulan unos candidatos que cada vez tendrían más dificultades para encontrar un puesto de trabajo. A la larga, el utilitarismo resulta muy poco práctico, porque se agota en rendimientos inmediatos y no abre perspectivas de largo recorrido» (*La Gaceta de los Negocios*, 20 y 21 de enero de 2007).

Tenemos una obligación de naturaleza desde la *Universitas*: la pregunta que Alfred North Whitehead hizo en la Universidad de Harvard para celebrar su 75 aniversario: «¿Qué hay sobre todo esto?». La Universidad, nuestra Facultad, es, ante todo como *universitas*, como institución universitaria, una comunidad de conocimiento. La comunidad de conocimiento que somos, parte de un supuesto: nuestro trabajo académico, destinado a la conformación de un criterio de conocimiento que debemos saber transmitir a nuestros alumnos. Paradójicamente, nunca como hoy ha dispuesto la educación

de tantos medios y recursos y, sin embargo, nunca como hoy el descontento ha sido mayor y tan generalizado.

PROPUESTA DE FORMACIÓN

No es éste el lugar de una reflexión sobre la verdad, ciertamente. Quizá sí para tener presente que la búsqueda en serio de la verdad es un requisito para encontrarla. Sí es el momento de hacer, a modo de confidencia, una propuesta de formación del periodista católico. Una propuesta que nos ayude a articular y a hacer visible lo que hoy somos, lo que hemos recibido, y lo que queremos ser; la unidad y la síntesis con la que enfrentarnos a los cambios y a la complejidad. Una propuesta que, incluso, nos ayude a salir de esa dialéctica metodológica y topológica entre profesionalismo y comunicación, entre profesionalistas y comunicólogos, tal y como la han plasmado recientemente, entre otros Manuel Martínez Nicolás: «Esa suerte de imaginario —llamémosle así— que distingue periodismo y comunicación como campos de investigación y docencia separados, el primero de índole práctico/profesional, y el segundo de carácter teórico/científico; siendo el primero predio del profesionalismo y el segundo de la comunicología; esa suerte de imaginario, decimos, permanece hasta hoy mismo inscrito en la comunidad científica española, o al menos en una parte representativa de la misma».

¿Cómo nos vamos a adentrar en el diseño de unos planes de estudio, de una arquitectura conceptual que supere dialécticas no siempre verdaderas, si no tenemos claros, si no son concordantes y acordes, los conceptos so-

bre los que articular esa construcción? ¿Cuáles son para nosotros esos conceptos, –si me permiten que traslade este término a la moderna filosofía, siguiendo a Charles Taylor–, esos imaginarios sociales, de nuestra diferenciada oferta universitaria, académica? ¿En que medida el cumplimiento necesario, estricto y, a veces, acelerado de las normativas de la aplicación del Plan Bolonia no adquiriría un sentido más pleno si estuviera acompañado de una reflexión conjunta sobre la raíz y razón de nuestra concepción de las humanidades, de la comunicación, del periodismo, de la publicidad y las nuevas formas de transmisión de bienes y servicios, de la aplicación y del desarrollo de las tecnologías de la comunicación y de la información al presente social?

Como ocurre en no pocos momentos de la pragmática, lo supuesto no es supuesto es presupuesto. Y los presupuestos, aunque parece que están claros, tienen que evidenciarse. Si somos una comunidad plural de conocimiento, debemos hacerlo visible en el desarrollo de unos planes de estudio, a partir de unos conceptos fundamentales, verdad, información, comunicación, historia, etcétera, con los que superar desfases y falsas dialécticas. Si nosotros no lo hacemos, alguien lo hará por nosotros.

Durante mucho tiempo, en las Facultades católicas de Comunicación lo que ha dominado y predominado son las preguntas, preguntas sobre las metodologías, sobre las guías docentes, sobre los cambios estructurales, sobre el futuro. Las preguntas nos deben llevar a unas respuestas que nos impliquen a todos. Es nuestra forma natural de salir de la incertidumbre. Unas respuestas, insisto, que nos ayuden a enraizarnos en un proyecto académico de excelencia.

Tengo claro que lo que proponemos no es una cuestión de tiempo. El tiempo es el espacio en el que cada uno aspira a perfeccionarse con objeto de convertirse en la persona que debiera ser. El tiempo de la modernidad es el tiempo de lo contingente. Charles Baudelaire, en «El pintor de la vida moderna», señaló que «la modernidad es lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente». Queremos hacer una Facultad, que forme periodistas y periodistas católicos, moderna; tener unos planes de estudios modernos, pero no contingentes. Me gustaría que, como entonan los caballeros del Grial en la ópera de Wagner, cuando Parsifal entra con paso solemne en el recinto donde se oculta el cáliz, digamos que «aquí el tiempo se convierte en espacio». Convirtamos nuestro tiempo en espacio para la reflexión sobre los conceptos en los que asentar nuestra concepción de la *universitas*, por la *comunitas* y en orden a la *humanitas*, siendo fieles a la tradición universitaria que nos acoge: la historia de las Universidades de inspiración católica y de las obras educativas de la Asociación Católica de Propagandistas. Y así podremos decir, con Thomas Mann, lo que él escribió el 31 de enero de 1922: «Detrás de nosotros quedan días difíciles, pero hemos vencido los obstáculos y ahora haremos mejor en avanzar juntos, si tú sientes lo mismo que yo».

A estas alturas, no podemos sustraernos al hábito periodístico de titular, algo que siempre se hace al final de todo texto. «Raíz y razón de una Facultad católica de Comunicación», teniendo quizá presente lo que Guy Bédouelle dice del Papa Paulo III, un Papa para tiempos no fáciles: «Tú has decidido que no quieres hacer más que lo que te está permitido y que no quieres poder hacer lo que no debes hacer».

Es el momento de acercarnos a la raíz. En ese proceso de reconstrucción argumental de nuestra oferta académica en orden a la formación del periodista católico tengamos presente que somos herederos de una historia que ha sabido, como pocas en España, aunar las dos tendencias en la definición de los centros universitarios de formación en comunicación: la profesional y volcada en las ciencias sociales. ¿Por qué? Sin duda, porque existe una claridad en los conceptos que se manifiesta, por ejemplo, en las palabras del primer presidente de la Asociación Católica de Propagandistas cuando describió lo que debe ser el periodista: el término final, el criterio del que hemos hablado. Decía Herrera: «Los periodistas deben ser, en el orden de los principios, sujetos de conciencia iluminada y profunda. A la luz de esta conciencia deben interpretar los hechos para formar la opinión. (...) Los tiempos nuevos 'exigirán inteligencias de amplia visión y voluntades de firmes propósitos, hombres valerosos y trabajadores'. Los 'formadores y artífices de una nueva y mejor Europa, de un nuevo y mejor universo', han de ser almas de este metal. 'El periodista es el hombre que a la luz de los principios fundamentales de la vida y a la luz de sus fuertes convicciones contempla a Dios, el mundo y todos los sucesos grandes y pequeños que en él se verifican' (...). Todo gran periodista tiene, por serlo, una preparación especial para comprender la vida internacional. Debe leer, estudiar diríamos mejor, los grandes diarios de otras naciones. Y discutir sus opiniones y acaso dialogar con ellos. Lo cual ensancha la mente, modera el juicio y da una formación indiscutible». He ahí la raíz y la razón de una síntesis del perfil de nuestro egresado.